

que su padre labraba, escribió con ellos aquel oráculo de David que dice: "Dominará desde un mar hasta otro mar," presagio sin duda de la amplísima autoridad que ejerció en el mundo para volverlo todo al orden, de que había caído. La inspiración de Dios, que ordenaba las cosas al verificativo de su alto designio, hizo tomar á Hildebrando el rumbo que convenia; pues muy niño aún se encargó de su educación Lorenzo, abad de un monasterio, y le llevó á su lado. Mas adelante siguió Hildebrando al papa Gregorio VI, cuando dejó la tiara y se retiró al monasterio de Cluny, donde Hildebrando, abrazando la vida cenobítica, en breve tiempo llegó á un alto grado de virtud y de ciencia tal, que, siendo tan jóven, fué nombrado prior de aquel monasterio, y á poco mas, el emperador Enrique III le nombró preceptor de su hijo.

Creciendo con el tiempo la fama de sus raros talentos, de su mucha ciencia y de su sobresaliente virtud, el papa Leon IX, le nombró cardenal subdiácono de la iglesia romana, y administrador de la iglesia de San Pablo. Desde este tiempo comenzó á tomar parte en los negocios de la corte de Roma, y era tal su influencia, que no puede dudarse haber sido á inspiración suya comenzada la obra de la reforma, en que trabajaron con varias providencias y medidas los papas Leon IX, Victor II, Estevan IX, Nicolás II y Alejandro II, siendo en muchas de ellas él mismo el ejecutor, pues desempeñó los principales encargos y legaciones bajo los mismos papas, de quienes era el alma con su consejo: testimonio que da de él el obispo cardenal San Pedro Damiano, llamándole *varon de santísimo y purísimo consejo*. Es de advertir que San Pedro Damiano vivía en su tiempo, cerca de los mismos papas, trataba con él y

alternaba en los encargos y legaciones dichas, habiendo tomado, en consorcio suyo, el mismo empeño en contener los desórdenes y reparar los males de la Iglesia.

Ya hemos insinuado lo bastante acerca de ellos; pero no será fuera de camino ponerlos de nuevo ante nuestros ojos, bajo de un solo punto de vista; pues si bien se considera venian á reducirse á que los potentados seculares de toda especie se ingerian en los negocios de la Iglesia y disponian de todo á su albedrío con la maña ó la fuerza; y por el contrario, los prelados y clérigos de la Iglesia se ingerian en los negocios del Estado y se ocupaban en decidir sus cuestiones, defender sus pleitos, administrar sus bienes, darse á sus ejercicios de la caza con armas y otros, y lo que es mas que todo, á hacer la guerra y dirigir combates: en una y otra clase eran frecuentes los demas vicios, y la vida licenciosa era el ídolo no solo de los jóvenes, sino aun de los hombres de mayor edad.

Basta esta pincelada para que se eche de ver de luego á luego cuán árdua y trabajosa era la empresa que tomó sobre sí el gran Hildebrando: llamar al orden á todo un mundo que llevaba siglo y medio de vivir en el desorden; hacer saber y entender á todos sus respectivas obligaciones, ó mejor dicho, hacer que hombres sumidos en la inmoralidad y la ignorancia aprendiesen de nuevo la doctrina del Evangelio y practicasen su moral; arrancar de las manos de los eclesiásticos los negocios y bienes que no eran de su inspección, en que lucraban y á que tenian tan apegado su corazón y estaban tan habituados, y desviar la mano poderosa de los príncipes y de los reyes, sentada por tantos años sobre todo lo eclesiástico y con interés tan grande como de afirmar con ello sus Estados ó en-

grandecerlos, lograr la autorizacion de sus desórdenes y caprichos, traficar con los beneficios eclesiásticos para aumentar sus tesoros y lograr otras miras á que daba lugar el antagonismo entre unos y otros príncipes ó reyes; y todo esto en una generacion que se podia contar tercera ó cuarta de la época fatal, y que de hecho habia abierto los ojos en esta relajacion universal, educándose en ella y habituándose al desórden; dígasenos, pues, si no fué la empresa de Hildebrando, empresa sobrehumana. Y realmente era así; pues un hombre, por extraordinario que fuese, no era capaz de acometerla, seguirla y darle cabo. Es preciso, pues, que reconozcamos en ella el espíritu de Dios y su brazo omnipotente que dirige el órden de su providencia para el logro de tan grandioso intento. Notemos tambien de paso cuál es la causa del ódio que hoy se tiene contra aquel insigne papa; no es otra que haber contenido el curso precipitado de inmoralidad y desórden que llevaba el mundo: los amigos de este desconcierto, no pueden estar bien con quien puso el primer dique que lo contuviera; pero tomemos de nuevo el hilo de nuestra narracion.

Supuesto tal estado de cosas, dice un crítico historiador de nuestros días, era imposible reprimir todos estos abusos mientras el clero dependia de la potestad temporal, el obispo estaba sujeto al baron, la Iglesia confundida con el Estado, y el papa era elegido por el emperador: un solo mal engendraba todos los demas. Hildebrando resolvió combatir este mal, y concibió su plan en este sentido: *separar la Iglesia del Estado, y la potestad espiritual de la temporal; levantar la una sobre la otra; hacer al papa independiente del emperador, y aun asegurar la superioridad del primero sobre el último, y por medio*

*de esta independencia producir la unidad y desenvolver una reforma en la Iglesia que se extendiese á toda la cristiandad y procurase la salvacion del género humano, he aquí el plan de Hildebrando: véamos cómo lo efectuó.*

La primera vez que comenzó á realizar esta idea, fué al tiempo de la exaltacion de Leon IX. Salió al encuentro de este pontífice con el abad de Cluny, y los dos le persuadieron á que declarase que la eleccion del emperador no daba ningun derecho á la silla de San Pedro, sino que pertenecia enteramente al clero y al pueblo. Leon IX hizo la declaracion, y esta fué la primera victoria de Hildebrando. Sobre este paso ya hemos visto todos los que fué dando en los pontificados de Leon, Victor, Estevan, Nicolás y Alejandro: la eleccion de tan dignos preladados, especialmente la de Alejandro, que se hizo ya sin mas esperar el consentimiento del emperador: la oposicion que hizo al antipapa Benedicto, hasta triunfar y conseguir la eleccion canónica de Nicolás; y la mas peligrosa que hizo á Cadaloo y al emperador Enrique en defensa y sostenimiento del referido papa Alejandro II, canónicamente electo. Por último, habiendo muerto Alejandro II, y hallándose en Hildebrando, sobre tan saludable direccion y tan importantes servicios, los de haber obligado á Berengario en el concilio de Tours á la abjuracion de su heregía, haber reducido al obispo de Leon á la confesion del delito de simonía que habia cometido, así como un talento extraordinario y una virtud á toda prueba, fué puesto por unánime consentimiento en el trono de San Pedro, en el que pudiese efectuar por sí mismo lo que sus inmediatos predecesores habian efectuado por él.

Su elección fué pacífica, por el comun consentimiento en que todos se hallaban: no hubo pretendiente, ni partido que se formase por alguno: las facciones emudecieron: el pueblo no se movió; y el clero se mostró unánime. Hildebrando había decretado ayunos y rogativas por tres días para conocer la voluntad de Dios. Por fin, el día en que se habían celebrado las exéquias de Alejandro, los cardenales, obispos, presbíteros y monges se dirigieron procesionalmente á la iglesia de San Pedro, cuyo recinto y avenidas estaban inundadas de un gentío inmenso. Luego que apareció Hildebrando, todas las miradas se fijaron en él, y la voz de todos, como si fuese de un solo hombre, clamó: "Hildebrando, Hildebrando; éste es el que ha elegido San Pedro por su sucesor." En vano subió al púlpito para disuadir al pueblo; la aclamación se hizo mas repetida y mas tenaz, y fué preciso ceder á la voz de Dios, expresada en la unanimidad de todos los votos del clero y del pueblo. Al instante le vistieron la púrpura, le pusieron la tiara y le sentaron en el trono de San Pedro, siendo este día el 22 de Agosto de 1073.

Que tal fuese la voluntad de Dios, lo muestra bien el efecto grandioso, ya de su agigantada empresa, y ya del resultado ó producido de ella, que fué nada menos que el cambiamiento y reforma de todo el mundo conocido, hasta donde alcanzaba la profesion del cristianismo. Como el sol brilló en la casa de Dios, dice la Iglesia en su oficio: poderoso en obras y en palabras, con tanta solicitud se dedicó á reparar la disciplina eclesiástica, á propagar la fé, á restituir á la Iglesia su libertad, á extirpar los errores y las corruptelas, que desde la edad de los apóstoles ningun pontífice se sabe hubiese habido que mayores trabajos y

penalidades hubiese padecido por la Iglesia de Dios, ó que hubiese peleado por su libertad mas acre y decididamente.

Apreciáramos sobremanera poder dar una noticia circunstanciada de todo lo que hizo San Gregorio en su pontificado para restablecer el orden; pero los cortísimos límites de nuestro compendio no nos lo permiten, porque se trata de dar en pocas páginas la historia de la Iglesia de todos los siglos. Así es que concretándonos todo lo posible, indicaremos solo en general las muy principales medidas que adoptó y puso en ejecución.

Hemos de estar en que la mayoría del clero era ya tomada de las nuevas naciones que ocupaban los países todos de la Europa; y como éstas en su origen fueron bárbaras, y en su actual situación habían casi perdido su civilización, resultaba que los eclesiásticos conservaban todas las inclinaciones que son propias de un guerrero, y carecían por la mayor parte de las que convienen á un ministro de paz, formado sobre las reglas del Evangelio. A esta predisposición, se agregaba el gran mal que reinaba entonces en los reinos cristianos, conocido con el nombre de las *investiduras* ó los *feudos*. Consistía esto en que los príncipes concedían á sus vasallos ciertos estados ó tierras, dadas en feudo, con la carga del servicio militar; y los individuos del clero habían tomado mucha parte de estas concesiones ó feudos, que de hecho los obligaban á servir á un príncipe armados y en todas las funciones militares, especialmente en tiempo de guerra; de suerte que el clérigo, embebido en las ocupaciones guerreras, no asistía á su iglesia, que estaba entregada en manos de sus subalternos. Comprendía esto aun á obispos y abades, y traía otro mal,

que era hacer á aquel príncipe señor natural del obispo ó el clérigo su feudatario, y dueño de su silla ó de su iglesia, de donde resultaba el espantoso absurdo de hacerse la potestad secular dueño y señora de la potestad eclesiástica, y por consiguiente de la Iglesia; porque aunque en lo formal no se intentase eso, sí sucedía en lo material del feudo y en el estado de servidumbre en que ponía al eclesiástico feudatario. Dábase también por este camino entrada á la simonía mas desenfrenada y escandalosa, porque los que querían obtener estos feudos ó estados daban dinero al príncipe ó á los que les hacían el negocio, y he aquí á la Iglesia y á la religion en una deformidad horrosa que apenas puede concebirse.

San Gregorio, el hombre de Dios y de la Iglesia, comenzó por aquí sus trabajos. No aguardando á que se le ofreciesen ocasiones, de luego á luego se dirigió á los príncipes y reyes de España, Francia, Alemania y otros países, con cartas llenas de vigor apostólico y que indicaban el principio de una obra práctica y efectiva que ponía ya en ejecución, y sobre la que emplearía las armas todas de la religion y de la Iglesia, si no era obedecido. Consistían estas armas en el anatema que pondría contra el rey ó príncipe que resistiese á la reforma, ó contra los vasallos ó la nación entera que favoreciese á su rey en lo que obrase resistiendo á esta reforma indispensable, en que se interesaban la religion y los mismos Estados, que ya la iban perdiendo á toda prisa. Como el papa conocía bien á los reyes que entonces había en la Europa, modificó sus cartas segun la situación de cada uno, haciendo solo esta amenaza expresa á los que consideraba que habían de ser rebeldes por el estado de perversidad, disolución y otros vicios de que es-

taban poseídos, como era uno de ellos el emperador de Alemania, Enrique, ó por su carácter altivo y genio indómito, como era el rey de Francia.

Esta primera declaración, que traía consigo todo el peso de la razón y de la justicia contra el pecado y el escándalo, toda la energía de la religion contra la impiedad, y el desarrollo de la suprema autoridad pontificia contra el abuso y la prostitucion en que había caído la potestad secular; esta declaración, repetimos, hizo temblar á los reyes y príncipes, ya por la criminalidad en que realmente se hallaban envueltos, y ya porque, ilustrada la generalidad de sus pueblos, no había de querer que continuase el desorden; de donde resultaba que, ó entraban en la reforma, ó se exponían á que sus pueblos mismos los abandonasen; pues habían de querer mas bien conservarse en la religion y en la Iglesia, que bajo el dominio de un rey pervertido que quisiese continuar en el desorden. Así es que de luego á luego se humilló todo el mundo ante Gregorio VII, y comenzó á entrar en la reforma, protestándolo por escrito y siguiendo con la obra, pues conocían que el papa ejecutaba activamente lo que había conminado; como de hecho empezó á verse luego en muchos casos particulares, en que dictó y puso en ejecución providencias de este género con eclesiásticos y personas seculares, no solo de Italia, sino de otros reinos.

Especialmente dirigía estas providencias de reforma y de orden á los obispos y prelados, persiguiendo con la mayor actividad y energía los detestables vicios de la simonía, del trage y ejercicios aseglarados, de las malas amistades, del servicio militar, del abandono de las iglesias, del indecoro ó mal desempeño de las funciones eclesiásticas,

de la falta de estudios; en una palabra, de todo lo que desdijese de un pastor de las almas, de un ministro del altar. Excomulgaba al que oponia resistencia; deponia al intruso; suspendia al desarreglado; encargaba las iglesias á los dignos por su virtud y ciencia, y proveia á todo con tanta actividad y tanto celo, que en poco tiempo mudó de aspecto la sociedad cristiana, dejándose ver la faz espléndida y magestuosa de la Iglesia de Cristo.

Como el rebaño sigue siempre á sus pastores, reformados éstos, obraron ellos mismos la reforma de las porciones de esta grey que respectivamente estaban á su cargo. Se persiguieron los concubinatos, se impidieron los matrimonios incestuosos, se reunieron los legítimos casados, renació la piedad, y con el arreglo de la moral se procuró tambien por todos instruirse en los principios de su religion y en los deberes de cristianos.

Fué tan importante este primer impulso de Hildebrando, sostenido con el vigor de su virtud y la firmeza de su carácter, que el mismo emperador de Alemania, que despues le dió tanta guerra, se le humilló en lo pronto, y le escribió haciendo la confesion de los atentados que habia cometido contra la religion y la Iglesia, y de la tiranía que habia ejercido sobre sus mismos vasallos.

Más todavía; en el Oriente mismo, tan distante y tan rebelde, el terror de Hildebrando obró tan poderosamente, que el emperador Miguel VIII le escribió con muestras de gran sumision y dándole la enhorabuena por su advenimiento al trono pontificio. Gregorio VII, que no se contentaba con protestas y demostraciones si no veia la obra, aprovechó esta ocasion para trabajar tambien en la reforma de aquel decadente imperio, y dispuso enviar persona

á propósito á la corte de Constantinopla á poner los medios de la reforma y procurar la reunion de aquella Iglesia.

Así lo dijo en contestacion al emperador Miguel; y como veia que la mayor dificultad que encontraria su empresa iba á ser la del emperador de Alemania, trató de prevenirse para sostener el choque. Con este intento salió en persona á visitar los diversos Estados de los príncipes y duques de Italia, tratando con cada uno, ya de la reforma de los abusos y desórdenes de su respectivo Estado, y ya del sostenimiento que deberian prestar á la autoridad pontificia en caso de rebeldía ú oposicion de algun príncipe.

Como entre los que iba visitando el papa eran diversas la conducta y el genio, unos se le adhirieron de buena fé y se le unieron de corazon; á otros fué preciso comprometer con protestas y obligaciones que les exigió para el caso de faltar á su palabra, y otro no le dió oído y se mantuvo no en rebeldía formal, pero sí en no querer comprometerse al sostenimiento que se le pedia.

Vuelto el papa á Roma, recibió noticias de Alemania que le confirmaron en el concepto que habia formado, y le hicieron ver el principio de todos sus trabajos y de la fuerza que necesitaba emplear contra el rebelde emperador. Enrique habia faltado á su palabra; se habia arrojado de nuevo al profundo de sus criminalidades, y sus tiranías habian llegado á exasperar á los señores sajones y turingios en términos de que, no pudiendo ya soportarlas, corrieron á las armas para procurar su libertad é independencia; movimiento que fué el principio de una larga y desastrosa guerra que inundó de sangre los campos de Sajonia

y de Alemania. Entonces se vió Enrique envuelto en mil calamidades que él mismo se habia buscado y que no dejaba de buscarse por su pertinacia en la oposicion que hacia á la reforma, y en la tiranía y crueldad con que oprimia á los sajones. El no conoció jamas sus verdaderos intereses, pues en los sajones habia una nobleza de alma, un valor, una generosidad, especialmente en sus príncipes, que, estimada y acogida por Enrique, le hubiera hecho reinar sobre sus corazones y hubiera tenido en ellos los mejores amigos y el mas firme apoyo de su trono; y en el papa no habia mas mira ni intencion que la de remediar los males de la Iglesia y del Estado, dar por el pié al fatal invento de las investiduras, extinguir la simonía, llamar al orden á los obispos y al clero para que dejasen la vida escandalosa y el ejercicio de las armas, reformar las costumbres del pueblo, civilizarlo, instruirlo; objetos todos que debia haber apreciado Enrique, como que eran los que debian haberlo hecho el monarca mas apreciable por el favor que prestara á la civilizacion, al orden, á la moral, y por consiguiente al verdadero engrandecimiento de su reino. Pero obstinado en su perversidad, y haciéndose cada dia mas criminal por el fomento que prestaba á todos aquellos objetos y medios de corrupcion que combatia el papa, y por otra parte, continuando en la opresion de los sajones y turingios, dió él solo lugar á la desastrosa guerra que hemos dicho, y á los anatemas que fulminó contra él el Vaticano y que lo envolvieron en un abismo de males.

En medio de ellos, este hombre incorregible, no cedia; cuando lograba vencer á los sajones, todo lo llevaba á sangre y fuego, asolaba las ciudades, talaba los campos,

incendiaba las iglesias y cometia mil atrocidades: cuando era vencido, recurría á la astucia y al engaño, abusaba de la buena fé de sus enemigos, trataba con ellos y afirmaba sus tratados con el juramento, se humillaba, rogaba, apaciguaba sus ánimos con cuantos medios podia, y de repente faltaba á su palabra, quebrantaba sus juramentos, rompía las hostilidades, y hacia todo lo contrario de lo que habia tratado. Por desgracia era valiente y le seguian gefes y tropa de mucho brio: no era menos el valor y la intrepidez de los sajones, y tenian príncipes de gran capacidad y mucho esfuerzo en la guerra, como eran Rodulfo, duque de Suavia, Welfo de Baviera, Bertoldo de Carintia, Othon de Nordeims, y Hermann de Luxemburgo. Mas lo que de aquí resultaba, era que las batallas eran muy sangrientas y que el ejército vencedor quedase tan destruido como el vencido. En la larga série de treinta y tres años, que el obstinado Enrique agitó á la Iglesia y conmovió la Italia, la Alemania, la Sajonia y otros países con los escándalos y las guerras, hubo muchos y grandes sucesos que parecia iban á ser la crisis última y definitiva de todo este gran caso; pero que luego se desvanecia, volviendo á tomar su antiguo giro todas las cosas. Así fué que el anatema del papa llegó á dejar á Enrique casi sin el imperio, ni mas sostenimiento que los que pensaban como él y eran sus cómplices en los atentados que habia cometido contra la religion y la Iglesia. En estas circunstancias fué proclamado y coronado rey de Alemania Rodulfo de Suavia, y de esta vez sin duda hubiera terminado felizmente el asunto, si Gregorio VII no hubiera temido tomar una parte activa en la sustitucion del nuevo rey Rodulfo; pero sus dilatorias en confirmarle rey, por es-

perar que Enrique volviera sobre sí y enmendara su vida, dieron tiempo á éste para volver á armarse y emprender nueva guerra con Rodulfo: dióse una accion sangrienta, Rodulfo ganó la batalla; pero al concluirse ésta, quedó mortalmente herido y murió á pocos momentos, quedando las cosas en peor situacion que antes. Los sajones dieron el mando y la corona á Hermann de Luxemburgo, y éste y Othon de Nordeims dieron juntos pruebas de extraordinario valor contra las tropas de Enrique; pero habiendo muerto Othon, cuando con Hermann y un formidable ejército marchaba hácia la Italia á batir á Enrique, tuvo Hermann que retroceder, porque de un golpe le faltó la mayor fuerza de su ejército: el mismo Hermann murió á poco tiempo, y Enrique quedó por esta parte sin enemigos que le pusiesen en cuidado, sin embargo de que la lucha no cesó entre sus ejércitos y los de Sajonia.

Por la parte de Italia y del pontífice, pasaron otras escenas en que era actor el mismo Enrique y en que corrió tambien varia fortuna. Antes de la excomunion que el papa fulminó contra él, habia llegado á tener la osadía de reunir á muchos obispos y prelados simoniacos y celebrar con ellos un conciliábulo que desconoció al papa y decretó su deposicion, llegando á tanto las maniobras de este complot, que se atrajo mucha parte de la Italia é hizo elegir un antipapa, llamado Guiberto, obispo simoniaco y lleno de maldades, como su protector. Hizo mas, pues envió á Roma á Rolando, clérigo de Parma, tan audaz é insolente, que ante el mismo papa, en pleno consistorio, se atrevió á decirle que el emperador Enrique y los obispos de Alemania le mandaban dejar el trono pontificio; y luego al pueblo “que fuese á presentarse al rey, para recibir de

su mano un papa.” Este perverso hubiera perecido en el acto de tan insolente produccion, porque los señores romanos tiraron de la espada y se fueron sobre él; pero el mismo papa lo salvó por una y otra vez, cubriéndolo con su cuerpo y conteniendo á sus caballeros. Sin embargo, los crímenes y atentados de Enrique habian llegado á su colmo; y entonces fué cuando Gregorio VII pronunció el anatema que hemos dicho, y cuando llegó á verse abandonado de los suyos y verdaderamente destronado; pero tambien entonces acudió á sus astucias y falaces promesas. Vino á buscar al papa, acompañado de pocos; le halló en Canosa, y se le humilló tanto, que tres dias lo esperó en el recinto exterior del castillo, vestido de saco y descalzo, hasta que apiadado Gregorio le dió audiencia; y aunque no se fió de sus protestas, lo admitió á su reconciliacion, le alzó la excomunion, celebró delante de él y lo convidó á comer, enviándole despues con muestras de paz y reconciliacion, y concedida una espera para que pudiera reparar los yerros que habia cometido.

Pero el perverso Enrique solo habia tratado de dar un golpe que contuviera el movimiento de Alemania y le repusiera en el trono; mas luego que se vió en él y que reunió sus fuerzas, se fué sobre Rodulfo y le dió la batalla en que murió aquel príncipe. Entregóse luego á los mismos excesos de que habia dicho que estaba arrepentido y que iba á remediar; vendió obispados; concedió investiduras, y cometió los mayores excesos. Ya antes de esto, ingrato hasta el extremo con aquel papa santo, que no habia querido mas que su enmienda y la salud de su alma, atentó contra su vida, autorizando un plan de conspiracion contra Gregorio, de que se habia encargado un tal Gensio, sica-